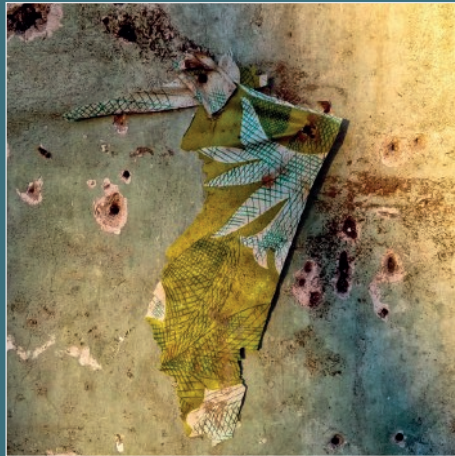


Memorias de pueblo



Georgina Celeste Salas

a mis nonos Salas

*a la comunidad de
Carlos Pellegrini*

Raíces argentinas

A dentrase en la Argentina profunda, en su suelo y en los sueños de quienes la hicieron posible con sus manos –manos que cambiaron su morfología primigenia a raíz del trabajo y como las dibujadas por Juan Grela, toman la dimensión engrandecida por las obras que levantaron– es posible desde el momento en que tomamos este libro que sabe a tortas fritas los días de lluvia, suena a grillos por las tardes e incluye luciérnagas iluminando las noches bajo las cambiantes lunas sobre la Pampa.

La piel se me torna argentina con cada página que miro y leo, porque cada fotografía y su historia es también la propia y la de miles que crecimos en un ranchito, que nos alimentamos a base de lo elaborado caseramente y cocinado a brasero y a horno de barro –como arrancar el día a bollos y mate cocido con cedrón y poleo, seguirlo con sopa y pucheros, matizarlo con mates cebados y finalizarlo con algunos ñoquis amasados–, que por mascota supimos tener a un gallo y que jugamos con el maíz –con su chala, con sus granos y su pelo– además de sembrarlo y prepararlo para comer.

Este libro de fotografías habilita la reflexión sobre un tiempo que ya pasó pero que, gracias a la sistematización de sus imágenes, es posible retomar y resignificar a la luz de una época en la que el valor de la tierra, de la casa y de la vida autosustentable en armonía con la naturaleza y los otros, pide reivindicar experiencias como las de los nonos Salas, Teresa y Nicolás, para aprender de ellas. Su valor social como aporte al registro histórico de la memoria colectiva de nuestra identidad no se ciñe solamente al pasado sino que, cual faro, nos muestra un camino a seguir.

La casa como espacio poético









Rituales cotidianos





















Todo lo sólido se desvanece en el aire Karl Marx, 1848







Apreciaciones finales

La casa puede interpretarse como un mapa, pero cada lugar habitado y cada objeto que componen el hogar, están cargados de significancia. De esta forma, la casa es un mapa en doble sentido, físico y también espiritual, operativo pero también emocional.

El aljibe era un pozo de agua conectado a las napas y la huerta estaba compuesta por plantas medicinales como el mico, el áloe vera, la menta, la manzanilla y las hierbas para el mate como la cola de burro y el cedrón. También estaba la planta de ñangapiry, originaria del Chaco, con frutos rojos. Por momentos, había maíz y zapallo. Camino al gallinero estaban los nogales, el mandarino, el limonero, el árbol de granadas y el naranjo. Tras la cosecha, había motivo de trueque con el lechero y el panadero. “En una época tuvimos algodón”, recuerda Nicolás. La galería era el lugar de encuentro para el mate y donde se almacenaban, entre otras cosas, las latas con alimento para las gallinas.

En el interior de la casa cambiaba el mapa. Los objetos estaban dispuestos de acuerdo a su uso como así también a determinadas tareas. El espejo, la toalla y el peine, formaban parte de los objetos de aseo de Nicolás. Entremezclados con el armario lleno de herramientas de herrería, brochas de pintura, tuercas, tornillos y piolines artesanales.

En la alacena y sobre los frascos de agua, se destacaban retratos con fotos de Perón, Evita, medallas de fútbol y almanaques de Molina Campos. En la cocina, al costado de la puerta hacia la habitación, depositaban las herramientas de la huerta, junto con las boinas, la escoba y la tan amada calabaza dulce.

La mesa panera se destacaba por ser el rincón de Teresa, la que con tanto amor decoraba con manteles de hule, para preservarla y agilizar su limpieza con un trapo húmedo. Nunca faltaban las flores de plástico en el jarrón de cerámica junto a pastilleros y lentes.

Por las mañanas el agua de lluvia despejaba la cara para comenzar con el mate de leche, según Nicolás, mejor que el mate de agua, acompañado con galletitas, una porción de torta matera o, en el mejor de los casos, unas tortas fritas. El desayuno era el intervalo para dividir el trabajo del hogar.

“El maíz se aplicaba a él, lo mismo las gallinas y los pollos,” decía Teresa. Nicolás mezclaba el maíz con balanceado para las ponedoras y Horacio, el gallo, era el agasajado siempre. Ya con la ceguera a cuestas había momentos en que Nicolás, en voz baja, le decía : Tere, ¿ya le tiraste maíz a los pollos?

“Él amasaba, era panadero en su querido Chaco. Ocho años panadero, sabía ... las amasaba, las tapaba, dejaba leudar, volvía a amasar y después me las daba para freír.”

La lluvia invitaba a las rondas de mates con tortas fritas : era el ritual más convocante de los nonos Salas. Hijos, nietos, bisnietos y vecinos las disfrutaban por su sabor y su textura. “Un poco de harina común, agua, sal y aceite” y el secreto de la nona, un “chorrito de leche o soda” para que queden “blanditas.”

Las tardecitas tenían siempre un color de nostalgia, espera y agradecimiento. Don Salas se quedaba mirando el horizonte de manera profunda.

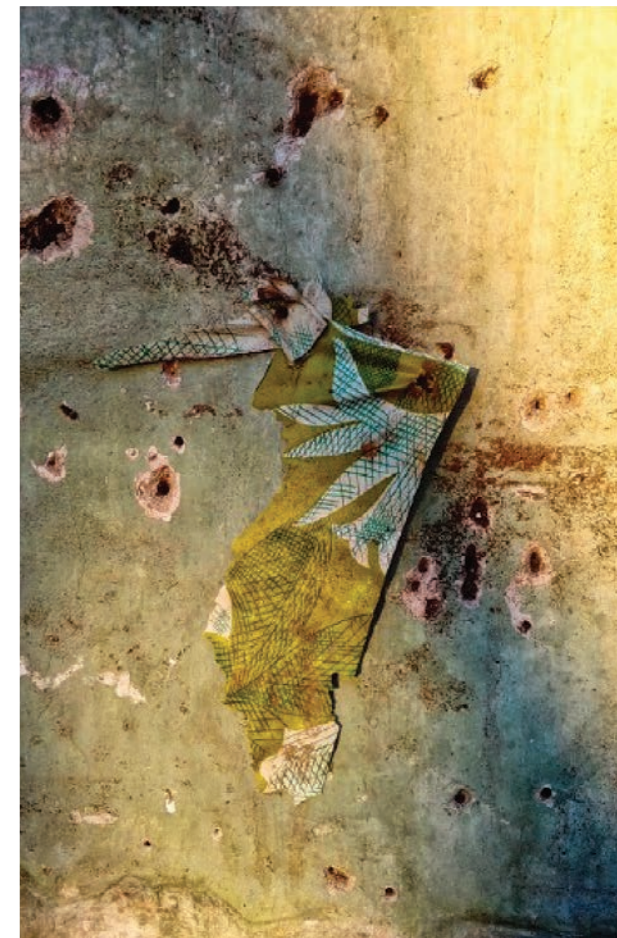
Por las noches la cena era liviana, se comía lo que quedaba del medio día, la leche del abuelo mezclada con mate y café complementaba el plato de sopa. No faltaba el pan y por momentos, la mortadela. Todos los jueves a las veinte horas la radio era la protagonista de una ronda chamamecera. Tanto Teresa como Nicolás rememoraban sus tiempos en Hersilia (Santa Fe) y Colonias Unidas (Chaco). Sentían una intensa emoción al escuchar Kilómetro 11 de Tránsito Cocomarola, su tema preferido, que los conmovía hasta las lágrimas.

“La sopa es tradición” decía Teresa. “Primero agua, carne ... y le echás papa, zapallo, verduras. Y si tenés y te gusta, le ponés ajo.”

La muerte del gallo Horacio le generó al nono una gran angustia y le agravó su ya débil estado de salud. Dos meses después era internado en el Hospital Psiquiátrico y al poco tiempo moría. Esta situación aceleró las demandas por parte de una vecina que reclamaba el terreno a través de un juicio de desalojo.

Teresa y Nicolás nunca habían escriturado, aunque hacía más de cincuenta años que habitaban la casa y mantenían sus impuestos al día. En octubre del 2018 la casa fue derrumbada y sólo quedó un fragmento de hule sobre una pared derruida junto a su poética que hoy queda como testimonio y memoria en este libro.

Georgina Celeste Salas



Glosario de fotos

Don Salas.....	4	Cosecha de nueces y granadas.....	19
El rancho en plenitud.....	5	Descanso y espera.....	20
Un 25 de mayo.....	6	Trabajo invisible.....	21
Complicidades.....	7	Tortas fritas y risas.....	22
El jarrón de Doña Tere.....	8	Cena liviana : leche, sopa y pan con mortadela.....	27
El espejo y los rincones.....	10	Noches de radio y chamamé.....	30
Hacia lo exterior.....	11	Ausencia : muerte de Nicolás.....	33
División cotidiana del trabajo.....	12	Desalojo.....	34
En la galería : mesas, cacharros y latas con maíz.....	14	Demolición.....	35
Horacio, el gallo, y las gallinas.....	16	Última pared en pie.....	37
Ronda de mates.....	18	Fragmento de hule.....	41

Agradecimientos

*a los nonos Salas
por el inmenso legado.*

*a mis padres
Patricia Rosso y
Leopoldo Salas
por la paciencia
y el afecto de siempre.*

*a Daniel Iglesias
por su acompañamiento
en la edición final.*

*a Miriam Lewin
por sus observaciones
al texto.*

*a Miguel Martelotti
por su ojo editor
y su gran cariño.*

*a Darío Martelotti
por sus palabras.*



Georgina Celeste Salas

(Carlos Pellegrini, Santa Fe).

Estudió dibujo y Pintura
con Ercilda Tabbia en San Jorge.

Durante el 2007 continuó sus estudios
sobre teoría del color en
el taller de Rodolfo Perassi (Rosario).

Participó del taller de dibujo
y teorías de la forma
de Julián Uzandisaga (2008-2012).

Se graduó como profesora
y Licenciada en Bellas Artes en
la Universidad Nacional de Rosario.

